

SINDICALISMO Y POLITICA

Las alternativas políticas basculan, una vez más, en su formulación más o menos explícita, entre sindicalismo y socialismo. Los sindicalistas apelan a las fórmulas del socialismo, y muchos socialistas, temerosos ante el anacronismo y la inoperosidad de sus programas ideológicos, se declaran sindicalistas de nuevo cuño. En una enorme olla ideológica se vierten nuevos mitos, utopías, ideologías, dogmas y, para ser más a tono con los gustos del día, comportamientos. El viejo Georges Sorel, acusado por muchos en vida de autodidacta confuso y genialmente improvisador, debe vivir momentos de euforia en el más allá, contemplando el panorama de nuestros días, mucho más complicado que en los tiempos que él proclamara el mito de la huelga general revolucionaria del proletariado.

Lo cierto es que desde entonces ha corrido mucha agua en los caudalosos ríos de la Historia. Sus proletarios han accedido al mito del trabajador, a la cultura de masas, a la participación, a la gestión, al consumo en grande y a las perspectivas del ocio en grande. Ante la perspectiva de la sociedad post-industrial, las relaciones entre el sindicalismo y la política participan de una conciencia ontológica del ser social de nuevo alcance. Hace años que al sindicalismo se le acusa de implicaciones políticas. Una mentalidad limitada al sindicalismo profesional, reivindicador de las conquistas económicas, lo ha hecho siempre así. En la sociedad libre neocapitalista, el sindicalismo hace tiempo está politizado. Desde Gaetano Mosca, que veía en los Sindicatos el mayor peligro de disolución de la sociedad y el Estado, hasta Duverger, que coloca a los Sindicatos entre los grupos de poder en el combate oculto por el dominio político, el problema se ha mantenido siempre presente con mayor o menor agudeza. En la otra sociedad, la socialista, el sindicalismo no desempeña prácticamente papel alguno ante la fuerza monopolística del partido, y la centralización burocrática de los poderes en una tecnocracia gestinaria que resucita el ya temido por el propio Marx, «despotismo asiático», denunciado hoy por Djillas y Garaudy, Marcuse o Dubcek.

La cosa se ha complicado ahora por la contestación que renueva las tradiciones de un sindicalismo anárquico. Sin embargo, ¿se puede excluir el sin-

dicalismo de las tareas políticas? Afirmar rotundamente que sí sería alejar de la política a toda la sociedad trabajadora. Paradójicamente, a la sociedad toda. Y todo ello en un momento en que el trabajador ha alcanzado sus perfiles definitivos no sólo como componente integral de una sociedad nueva, sino como signo de una cultura. Una cultura que ha sido identificada con un auténtico humanismo del trabajo.

Alain Touraine, al hablar de la participación del trabajador en una sociedad industrial avanzada, concede un gran importancia a la integración en el consumo cultural que esta sociedad ofrece. El obrero de hoy y del mañana ya no sería un consumidor de una «cultura obrera», de una subcultura, sino elemento participante en la totalidad de la cultura. Esto mismo puede tomar forma de participación en un movimiento de contestación global. Forma de participación toda ella inmersa en la política, factor determinante de la política misma.

Realmente se tiene una gran razón al plantear el problema de las conexiones, entre el sindicalismo en toda su Historia y el mundo de la Política activa, como un tema, más que como un tema, como un problema sometido a permanente controversia. La controversia resulta de la confusión misma en la cual ha vivido el sindicalismo en casi más de siglo y medio de presencia activa en el mundo de la sociedad industrial naciente. En primer lugar, de una sociedad industrial desarrollada, y en segundo lugar, de una sociedad post-industrial que es la que, por lo menos para una parte del mundo, se abre ante nuestra perspectiva. Ultimamente, las polémicas de las relaciones entre el socialismo como ideología y el sindicalismo como ideología, se han recrudecido de una manera notable. Se han recrudecido estas polémicas, porque tanto el socialismo como el sindicalismo, si por un lado presentan aspectos de renovada actualidad, por otro lado, han sufrido una serie de embestidas del propio mundo tecnológico en el cual vivimos. De esta forma, las ideologías están puestas en tela de juicio, en la forma más profunda en el plano de la actualidad y, sobre todo, en la apertura del futuro. La confusión es enorme, porque parte, en primer lugar, de una base ideológica confusa. Por un lado, se habla de la muerte de las ideologías en aras de una tecnocracia y de un predominio del universo tecnológico, sobre las formas sociales y políticas del porvenir. Por otro lado, las grandes expansiones políticas en el mundo, se siguen haciendo en nombre de algunas ideologías o de algunos mitos. La polémica, es una polémica encendida, pero realmente no contribuye mucho a fijar posiciones. Los sindicalistas se declaran sociales y los socialistas pasan al campo del sindicalismo por razones contingentes, por razones del momento, sin que se perfile de una manera concreta cuál es el campo operativo de cada uno de ellos. Sin embargo, sea desde un punto de vista de una crítica nega-

tiva, una crítica negativa que se refiere a un determinado sindicalismo, que combate la apertura política de este sindicalismo, sea desde el punto de vista, como veremos, de determinadas doctrinas, que ven en un sindicalismo nacional, una forma elevada de participación al universo de la política, no cabe duda que entre el hecho sindical y el hecho político, existen interferencias muy profundas, interferencias indiscutibles.

Sólo desde un punto de vista mecánico, sólo desde el punto de vista de una ideología más o menos vigente, se pueden negar las implicaciones políticas en la evolución de los sindicalismos. Porque si se considera la Historia del sindicalismo, en la sociedad capitalista y neocapitalista, donde se ha proyectado desde el principio como un medio de reivindicación económica, social y humana fuera de la vocación política y la dignidad del mundo obrero, se parte de una actitud realmente hipócrita. No se puede demostrar que en ningún momento el sindicalismo en el mundo evolutivo de la sociedad capitalista haya constituido un hecho puro, un hecho mantenido en una realidad cristalina fuera de las implicaciones políticas. Por otro lado, en un universo distinto como es el universo socialista, se conoce cuál es la situación del sindicalismo. El sindicalismo en este universo, ya desde hace más de un siglo, ha sido en una forma más o menos explícita, excluido de las tareas políticas. Marx, con su doctrina del proletariado, como clase política; Lenin, con su doctrina del partido fuerte, han echado las bases de una realidad política que excluía, una vez que triunfara el comunismo, la participación sindical activa en las tareas políticas. Tan es así, que el propio Lenin, en los últimos años de su vida, se daba cuenta del peligro que encerraba esta actitud para la gran masa trabajadora. Decía Lenin, que no era un defensor de las leyes sindicales, pero que, sin embargo, se daba cuenta lo que implicaba para la evolución del mundo obrero, de la clase trabajadora, la evolución burocrática y tecnocrática en la sociedad comunista: «Nuestro Estado, es un Estado obrero que presenta una deformación burocrática. Los soviets, que, según su programa, son órganos del Gobierno *para* los obreros, son, en realidad, órganos del Gobierno *por* los obreros, ejercitados por las capas avanzadas del proletariado y no por las masas trabajadoras. Debemos, por tanto, utilizar las organizaciones obreras para defender a los obreros contra el Estado».

Este principio formulado por Lenin, frente a la realidad, que se le presentaba en la última fase de su vida, encierra de por sí, el drama del sindicalismo en Rusia, el desamparo en que se encuentra la clase trabajadora en sus reivindicaciones, frente a la burocracia del partido y frente al fenómeno de nuevas formas de alienación. En efecto, en la sociedad comunista, en lugar del capitalismo combatido y evitado, aparece un nuevo elemento, que es,

en el Estado soviético, la clase detentadora de los medios de producción. Se trata de la clase dirigente, los tecnócratas, los burócratas. El comunismo a medida que se hacía con los resortes del poder, al mismo tiempo, de una manera principal, impedía todo tipo de reivindicación sindical que tuviera carácter económico independiente. Para comprender la situación en que nos encontramos, por una parte, en una sociedad post-industrial de tipo capitalista, y por otra parte, en la sociedad socialista que tiende también hacia un estadio de sociedad industrial avanzada y a un estadio posterior de sociedad post-industrial, conviene remontarnos a una serie de realidades históricas, por un lado, y a una serie de realidades profundas, de naturaleza casi ontológica, que están ligadas al perfil esencial del obrero, del trabajador, en las perspectivas que se le ofrecen actualmente. El problema histórico, ofrece un aspecto necesario para tener una idea clara, no en el espíritu de una simple arqueología del saber, sino en el espíritu de una comprensión actual de lo que significa la interferencia entre el hecho sindical y el hecho político. Interferencia que, repetimos, fuera de cualquier orden de criterios valorativos, existe y ha existido siempre. En primer lugar, es importante perfilar la naturaleza ontológica en el universo social, el universo del trabajador. Hoy vivimos en una sociedad que está compuesta en su totalidad por los trabajadores. Es la sociedad actual una forma plenaria de aquella sociedad que perfilara Saint Simon, a la cual aludiremos en nuestra cronología posteriormente. Saint Simon preveía la exclusión de los ociosos de su contexto social compuesto por «productores activos». El tipo de sociedad saint-simoniana está a nuestro alcance. En ella es inconcebible el ocio como tal; el ocio ya ha dejado de ser una condición social y se ha convertido en una fase de la propia vida, de la propia existencia del trabajador, que tiene que distribuir su tiempo entre el trabajo y el ocio, y tiene que perfilar su propia existencia en función de su capacidad de integrarse dignamente en el mundo del trabajo y en el mundo del ocio. George Lukacs, el filósofo marxista húngaro, recientemente fallecido, que es, sin duda, el pensador marxista más interesante, de más amplias preocupaciones de nuestro siglo, ha trabajado en la última etapa de su vida, en un libro, muy importante según parece, ya que de él sólo se han publicado algunos breves fragmentos, titulado: *Ontología de la existencia social*.

La muerte reciente de George Lukacs, el filósofo y crítico literario húngaro, de ideología marxista, ha brindado la ocasión para resumir su obra y poner de manifiesto su importancia en el contexto intelectual contemporáneo. Lukacs nos da, por su obra, por sus inquietudes filosóficas y estéticas, por la aventura de su vida, la medida de un pensador marxista de incontestable valía, tributario más que de los dogmas rígidos de su ideología, del clima

intelectual de su tiempo y de las antinomias que en función de este clima presenta su propia obra.

Obra ingente la de Lukacs. Obra filosófica y sociológica que debe mucho a Hegel, a Max Weber, Georg Simmel y Husserl, obra estética y ética donde decantamos influjos alejados al marxismo, como los de Meister Eckhardt y Stefan George, Kierkegaard y Dostoievski. Todo ello no quiere decir en absoluto que estas formas de aperturas y horizontes antinómicos hagan de Lukacs un pensador menos marxista de lo que convendría. Al contrario, este pensador que domina la filosofía marxista del siglo, que inicia su obra con un escrito como *Von der Armut am Geiste* (1912), o sea, *De la pobreza del espíritu*, apreciado por Max Weber, es un caso de autenticidad dentro del marxismo, precisamente por esta capacidad de abrirse a los influjos del siglo, apertura no invalidada por las sucesivas revisiones de su obra, dictadas por los avatares políticos de su vida.

La obra de Lukacs ha sido ampliamente analizada. Menos señalada ha sido, en cambio, su contribución última. Hace años que Lukacs había anunciado que estaba trabajando, como decíamos antes, en una *Ontología de la existencia social*. Sólo pocos fragmentos de esta obra, de unas 400 páginas, acabada, según parece, el pasado otoño, son conocidos. Esta ambición de su vida la proclamaba él hace ya cincuenta años, al dar término a su famoso libro *Historia y conciencia de clase*. El filósofo se propone, en líneas generales, trazar una nueva ontología, a través de la cual quisiera establecer una conexión con la ontología de Marx, opuesta a la ontología lógicoidealista de Hegel. En busca de la *humanistas del homo humanus*, que caracteriza, desde ángulos distintos, a Heidegger, Lukacs quiere limitar su ontología al ámbito de lo social. Quiere desmenuzar los fragmentos o elementos de la vida social en su conexión recíproca, sus «alternativas», su génesis. En cuanto ser social, el hombre no vive «en sí», sino «para sí», superando su condición inmediata y viviendo la totalidad de su existencia social. En esta ontología del ser social se inscriben y suman su existencia concreta y su creación suprema. Para Lukacs el hecho ontológico es anterior al hecho ético o estético. La «pérdida de sí» implica la inmersión creadora en lo social, mediante una superación del carácter antinómico de los principios de causalidad y finalidad.

Para un filósofo materialista como George Lukacs este esfuerzo hacia la creación de una ontología última tiene algo patético. Implica una dramática búsqueda de la libertad, una valoración de las fuerzas subjetivas del hombre, con encima el peso de una idea materialista de la vida y el peso no menos inexorable del reino de la necesidad.

El trabajador no se crea que es un ser descubierto por la conciencia humana, hace mucho tiempo. Se puede decir que ni siquiera la Revolución fran-

cesa se percató de la existencia del trabajador en el mundo, y, sin embargo, el trabajador ha existido siempre en el mundo, sin que esta conciencia del perfil propio y de la misión propia del trabajador existiera. Los propios utopistas comunistas anticipadores de la Revolución francesa no habían percibido la importancia de este nuevo elemento de la sociedad moderna que era el trabajador. Tuvo que venir un escritor francés, un utopista, Saint Simon, que después de haber luchado en América en la guerra de la Independencia de los americanos, se establece en Francia, y hacia los años 1820-1830 se dedica a los estudios sociales, y en la serie de libros famosos, como son: *El Sistema Industrial*, *El Catecismo Industrial*, *Nuevo Cristianismo*, descubre por vez primera la importancia de este nuevo elemento de la sociedad moderna, que es la sociedad industrial, como dice él, al «industrial», al «productor», en otras palabras, al *trabajador*. Este término saint-simoniano hará fortuna, y su doctrina, que es un sistema de ideas de la Organización social nueva, en función del trabajador en la nueva sociedad, tendrá una influencia enorme en toda la Francia del siglo XIX, y se puede decir que si desde el punto de vista tecnológico e industrial, Francia ha tenido un progreso específico, esto se debe, en gran parte, a discípulos de Saint Simon, cuya masa es ingente: a lo largo de todo el siglo XIX y en el proceso de transformaciones profundas de la sociedad francesa (1). Al trabajador se refiere todo el socialismo utópico. Aparece nueva la preocupación por él en Marx. Marx, como es sabido, no considera al trabajador como entidad propia, sino que lo integra en cuanto elemento en la clase, una vasta clase, que es la clase del proletariado. A él, al trabajador, se refiere Sorel, los utopistas y en función de la presencia de este nuevo elemento de la sociedad moderna, aparece el sindicalismo en Inglaterra con el cartismo y luego con el fabianismo, en los Estados Unidos en un gran proceso de expansión industrial, que al mismo tiempo plantea un gran proceso de reivindicaciones económicas, con una influencia enorme del sindicalismo en la vida política.

La doctrina de Sorel nos interesa aquí solamente desde el punto de vista del perfil ontológico de la conciencia social. Sorel era un ingeniero de caminos, dedicado algo tarde como autodidacta a los problemas sociales. Es curiosa la síntesis representada en su formación entre el pensamiento de Marx, el pensamiento de Nietzsche y la doctrina de Bergson. La teoría intuicionista de Bergson influye muchísimo en Sorel, hasta el punto que en Sorel se ha dicho que encontramos un Marx justificado por la filosofía de Bergson. El productor sigue siendo el elemento esencial, aquel elemento fundamental

(1) Cfr. SEBASTIEN CHARLETY: *Histoire du Saint-Simonisme*. Ed. Gonthier. París, 1931.

característico en la doctrina de Saint Simon. Pero en Sorel ya aparecen de una forma directa, incluso en este panorama de un sindicalismo capitalista concebido sólo como elemento garantizante de las reivindicaciones económicas de los trabajadores, emergen en forma tajante, las implicaciones políticas de una doctrina sindicalista de carácter político. Por eso, la influencia de Sorel será enorme en dos direcciones del siglo. En las direcciones representadas por la revolución comunista y en las direcciones de las transformaciones operadas en el seno de la sociedad capitalista a través de los sistemas que han sido definidos en términos genéricos como fascistas o neocapitalistas. Sorel lanza, como es sabido, el mito de la huelga general revolucionaria para dar al mundo del trabajo, no sólo la posibilidad de realizar sus reivindicaciones económico-sociales, sino posibilidades de naturaleza política. En una famosa carta que escribió a principios de siglo a Daniel Halevy, autor del famoso libro sobre la *Aceleración de la Historia*, Sorel se refiere a la aparición de una nueva moral: *la moral de los productores* y, en último término, formula una apelación a la violencia como única posibilidad del mundo trabajador, antiburgués, para iniciar una propia revolución política y social. El perfila una clase obrera en aumento, organizada y estimulada como ya había previsto en un cierto sentido Saint Simon por una conciencia revolucionaria. Su doctrina social se integra en una teoría de los mitos sociales y del mito de la huelga general revolucionaria. Sorel considera al productor, teniendo la misma función transformadora de la Historia, como el soldado Napoleón. Las anticipaciones de Marx encuentran en Sorel una nueva adaptación realista que se vierte en las mutaciones que ha sufrido la sociedad en nuestro siglo (2). Tan es así, que por un lado Mussolini reconoce el magisterio de Sorel y afirma más de una vez: «Sin sindicalismo, el fascismo no hubiera existido», y «todo lo que soy, se lo debo a Sorel», y Lenin, a su vez, reconoce igualmente en la creación de su propio sistema revolucionario, sobre todo en su acción revolucionaria, el influjo del sindicalismo soreliano, con su teoría de la huelga general revolucionaria y su teoría de la violencia. Sorel es el primero que nos traza un perfil general de los trabajadores y de los productores, englobados en las grandes transformaciones políticas. Constituyen estas grandes transformaciones un nuevo hecho y, por lo tanto, un hecho en el cual culmina la conexión esencial, conexión íntima y profunda entre sindicalismo y política. Naturalmente, los problemas se han complicado, y en la dialéctica que ahora nos preocupa, la polémica ha seguido abierta y sigue aún abierta, porque las tradiciones sindicalistas son múltiples. No tenemos ahora

(2) Cfr. GEORGE USCATESCU: *Rebelión de las minorías*. Ed. Nacional. Madrid, 1955, páginas 41 y sig.

ni la ocasión, ni el marco, ni el medio suficiente para hacer una historia del sindicalismo. En la compleja fenomenología del sindicalismo se pueden, sin embargo, distinguir algunas formas típicas. Existe un sindicalismo integrado en la sociedad capitalista, un sindicalismo que no puede reivindicarse como tal en la sociedad comunista, una tradición anarco-sindicalista cuya explosión vuelve a manifestarse de una manera radical en la hora presente, y un sindicalismo de naturaleza nacional, como veremos más tarde, refiriéndonos al sindicalismo que nos está ahora más cerca aquí, que es el sindicalismo español del Movimiento falangista. Por lo tanto, hay una amplia y vastísima gama y una reducción a una expresión última de las relaciones entre sindicalismo y política, no es y no sería una reducción fácil.

Lo que sí es absolutamente cierto, es que fuera de los dogmas hipócritas, impuestos por una tradición dialéctica falsa, no se puede jamás afirmar seriamente que el hecho sindical en su forma real y dinámica, pueda existir fuera del hecho político.

Sus implicaciones políticas son importantes. El problema en la evolución de la sociedad se ha planteado siempre como un problema de grado. Uno de los grandes doctrinarios políticos del siglo, Gaetano Mosca, hacia los años 20, que fue un período en el cual el sindicalismo aparecía como elemento protagonista en el hervidero político-social, consideraba la evolución del sindicalismo dentro de la sociedad nacional. Las frases y los textos de Mosca, han sido redescubiertos ahora, en Italia, donde el sindicalismo presenta nuevos aspectos que en cierto modo recrudecen fenómenos disolventes, que aparecían en la sociedad italiana, en el momento que aparecía el fascismo como régimen de orden. En un trabajo publicado en el mes de mayo en la revista romana *Nueva Antología* (3), su autor se refería a la situación actual del sindicalismo italiano, que es una situación típica, donde mientras en el campo político se ha llegado a una deterioración gradual de fines políticos eficientes, en el campo sindical, se ha recrudecido la aparición de los grupos de presión, la aparición de un burocratismo sindical y, sobre todo, la inmersión total del sindicalismo en la vida política nacional. Mosca preveía que llegaría un momento en que el sindicalismo se colocaría en una postura negativa y contribuiría a la disolución del fenómeno nacional, en grado muy superior al propio comunismo. Sería la situación de un estado operativo profundo, con el sindicalismo anárquico por una parte, por otra parte con el monopolio de un grupo burocrático, un sindicalismo de gestionarios, de *managers* del propio sindicalismo, que decidiría más o menos la conducta política del país

(3) Cfr. ALBERTO SENSINI: *La nuova strategia sindacale*. «N. Antología». Roma, mayo 1971.

o, en una fase más anárquica avanzada, contribuiría a la disolución del hecho político.

En este contexto, el perfil del trabajador como elemento motor del mundo sindical y, por lo tanto, como elemento integrante del hecho político, ofrece, sin duda, algunos momentos de toma de conciencia muy interesantes. Interesante, sobre todo, desde nuestra perspectiva actual de la reivindicación del trabajador como elemento motor de la historia, en la época en que vivimos. Nos parece, que para una proyección de lo que significa el sindicalismo, que es la integración suprema del mundo del trabajo y por lo que se refiere a las interferencias profundas entre sindicalismo y política, es preciso referirse a un momento comprensivo, en cierto modo, único en la historia del mundo obrero. Por los años 30 aparecen en Alemania una serie de estudios sobre el universo del trabajador, que reactualizando en cierto modo el concepto del «productor» acuñado por Saint Simon, pero actualizando las perspectivas nuevas de la sociedad industrial, ven en el trabajador y en el mito del trabajador, el nuevo mito operante de nuestro tiempo. Ernst Jünger estudia este mito del trabajador y su universo abocado en cierto modo a un destino nihilista y anárquico, un destino que lo había previsto a final de siglo pasado Federico Nietzsche, un filósofo que influye de una manera determinante en la doctrina de la época. Estos trabajos de Jünger en los años 33-34 en Alemania, sobre el mito del trabajador y sobre la marea del nihilismo, han sido tan importantes y tan definidores, que han merecido amplias condiciones por la parte de un filósofo de la talla de Martin Heidegger, el cual en la década del 50 torna al tema del mito del trabajador y su función en el destino espiritual y político del mundo en que vivimos. Por otro lado, en Italia un filósofo de la talla de Giovanni Gentile había previsto que debido a la presencia del trabajador en el contexto social y humano en que vivimos, la sustitución del humanismo renacentista de tipo exclusivamente cultural, por un auténtico *humanismo del trabajo*. La doctrina de Gentile encuentra una expresión perfecta en un libro de extraordinaria y actual importancia que se llama *Génesis y estructura de la sociedad* (4). Aparece así un humanismo del trabajo, capaz de crear un Estado y una sociedad éticos, basados en el principio de la libertad y la dignidad del hombre y en el principio de una transformación radical de la estructura fundamental del hombre. Son estas doctrinas de enorme actualidad, sobre todo en un día como el de hoy, en que ante la perspectiva que se nos abre de la sociedad post-industrial se crea una ruptura profunda en la conciencia misma del trabajador. Un filósofo marxista discípulo de Gen-

(4) Cfr. GIOVANNI GENTILE: «Genesi e Struttura della Società», en *Opere*, vol. IX, Sansoni, Firenze; ERNST JÜNGER: *Der Arbeiter. Herrschaft und Gestalt*, 1932.

tile, como Ugo Spirito, que se ha acercado de una manera muy inteligente al hecho social contemporáneo y que nos ha dado uno de los mejores diagnósticos sobre lo que significa el comunismo chino, el pluralismo comunista y varios aspectos del comunismo hoy en día, nos ofrece en uno de sus últimos trabajos los aspectos más dramáticos de esta ruptura en el trabajador de hoy, ruptura a la cual se refiere también Alain Touraine en su libro *La sociedad post-industrial*, que ofrece una perspectiva del lugar que ocupa el trabajador en la sociedad de hoy. La ruptura a la cual nos referimos consiste en el hecho de que, por una parte, el trabajador en la sociedad actual, una sociedad automatizada en el mundo tecnológico, mientras se halla liberado de una serie de cadenas, entra en un nuevo orden de alienaciones espirituales y humanas debidas al hecho de que ha perdido el sentido de su propio trabajo. El trabajador tradicional, y esto lo dice un filósofo comunista como Garaudy, era el trabajador que presentaba una unidad de conciencia entre su trabajo, sus horas de ocio, sabía que el trabajo era algo que le pertenecía, que era una especie de prolongación de su propia personalidad, que salía, como se decía, acabado de sus propias manos. Hoy en día el trabajo en sí, al obrero le escapa, ya está perdiendo lo que se llama la tradicional «conciencia profesional», y, al mismo tiempo, le escapa el significado del ocio, de su propia integración en el mundo del ocio.

El trabajador de la civilización tecnológica está destinado a perder su autonomía. El hecho lo ha visto bien Alain Touraine, cuando afirmaba dos hechos revolucionarios en el mundo del trabajo. Primero, el que el trabajador haya perdido la conciencia de los perfiles del trabajo acabado salido de sus manos. Segundo, el que el trabajador haya perdido el sentido tradicional del ocio y el significado de su propia autonomía profesional. «Perdiendo su autonomía profesional, el obrero ha perdido también uno de los principios de su autonomía cultural» (5).

Esta realidad en marcha presenta dos vertientes fundamentales: Una se refiere a la participación política del trabajador, a la cual nos referimos al hablar de sindicalismo y política. Otra concierne a la participación cultural del obrero en la llamada cultura de masas. El tema, en ambas vertientes, fue, en cierto modo, esbozado hace siglo y medio por aquel gran catador de fórmulas sociales futuras que fue Henri Saint Simon. El «productor» de Saint Simon era ya el nuevo protagonista de la Historia, aunque lo fuese en pañales. Hoy se habla aún, después de un intenso período de civilización del trabajo, de la exigencia de acercar la persona humana y el productor «en función de un

(5) Cfr. ALAIN TOURAINE: *La Société post-industrielle, Naissance d'une Société*. Editorial Denoël. París, 1969.

nuevo principio social, que consienta superar las condiciones del mundo burgués». Así lo proclama un filósofo de tinte marxista, aunque de precisos orígenes idealistas gentilianos, como Ugo Spirito. Se habla de nuevas formas de crisis sociales, como crisis del pensamiento. Se lanza la afirmación pesimista: «Entre el hombre y el trabajador se ha abierto un abismo». Aparecen ciertas nostalgias, evocándose al trabajador de antaño, en el cual no había este dualismo que se produce hoy, en la misma persona, entre el hombre y el trabajador. Estas nostalgias no son frutos de una filosofía conservadora, sino reflexiones de los doctrinarios de la sociedad post-industrial, capitalista o socialista.

Es, precisamente, la civilización llamada del ocio la que produce estas nostalgias. Surge la gran pregunta de la hora presente. ¿Qué hará el trabajador-hombre de su ocio? Spirito evoca la vida sin contradicciones del campesino o artesano de una vez. Hombres que establecían una unidad armónica entre su trabajo y su ocio. Entre trabajo y ocio no había ruptura alguna. La misma conciencia de sí mismo los regía. Alain Touraine centra esta exigencia de unidad en la participación del trabajador en el proceso de la cultura. En la necesidad de salir de la mentalidad pasiva del ocio. De sustituir al ocio de masas, el ocio de la cultura entendida, ya no como subproducto, sino como cultura a secas.

La participación activa en los beneficios culturales del ocio se hace difícil por el hecho de que el trabajador en una sociedad avanzada pierde la conciencia del significado de su propio trabajo. Se vuelve a considerar aquella unidad ontológica entre trabajo y ocio, trabajo y cultura. No se trata de una vuelta a la que haya precedido la civilización del trabajo. Se trata de recuperar algo que aquella edad precedente poseía *in nuce*, y que la vida automatizada de hoy amenaza desde mil ángulos, en sus raíces profundas.

Se abre camino la preocupación de crear un contexto cultural, que, en definitiva, es una ambición política nueva, un proyecto cultural nuevo para el trabajador de la sociedad post-industrial, el trabajador que no sabe qué hacer de su ocio, no sabe qué finalidad cultural puede tener su propio ocio en un momento en que la cultura, la llamada cultura de masas, ya no puede ser subcultura, es decir, una cultura específicamente obrera, sino una cultura no adjetivada, a disposición del propio trabajador. El problema, insistimos, presenta aspectos enormemente confusos. Por una parte, el sindicalismo, significa un peligro para una integración en el orden político. La llamada revolución de mayo del 68, es una revolución que tiene un significado arquetípico muy importante, en el sentido de que puede ser algo que se puede repetir sucesivamente en varias circunstancias de la propia sociedad occidental y posteriormente de la propia sociedad socialista cuya convergencia con la

sociedad occidental ya es un hecho previsible. En los acontecimientos del mes de mayo de 1968 hubo una especie de solidaridad entre el universo obrero y el universo intelectual. La Universidad rebelde y el sindicalismo rebelde estuvieron por un momento unidos y por un momento pusieron en peligro la existencia del Estado francés, tal como se presentaba en aquel momento. Por lo tanto, lo que al hombre consciente de hoy se le plantea, es el problema de cómo se puede integrar el sindicalismo en la política de una manera operante, de una manera que salve al hombre y al trabajador de las nuevas formas de alienación. Por otra parte, se trata de que el hombre participe, en cuanto trabajador —y el universo del trabajo es el universo casi total de la sociedad de hoy— en la vida y en el desarrollo político de su mundo.

Quisiéramos en forma de conclusión, en esta preocupación profunda, esta preocupación integradora, participadora entre el hecho sindical y el hecho político, referirnos a algunos puntos de la doctrina de José Antonio en esta materia. Existen unos puntos de sutileza mental, unos puntos de captación de la situación histórica, realmente importantes, cuando se trata de analizar esta doctrina, que tiene la desventaja, pero también la ventaja, de ser una doctrina solamente esbozada y no trazada en una forma definitiva. Si hubiera adquirido una forma definitiva probablemente habría incurrido en el destino en que incurren las ideologías y los dogmatismos que pueden sufrir deterioros permanentes en cuanto doctrinas completas. Decía Goethe una vez, que «sólo lo inacabado es fecundo». Acaso uno de los aspectos atrayentes de la doctrina de José Antonio consiste en este hecho de que está perfilada sin estar acabada, porque se preocupa por el fenómeno social en su dinámica que no puede nunca estar encerrada en unos esquemas definitivos y prefijados. Hay un capítulo en el libro de Muñoz Alonso, *Un pensador para un Pueblo* (6), esta original biografía última de José Antonio, que se refiere al sindicalismo de José Antonio. Personalmente, nos parece el capítulo más interesante de todo el libro de Muñoz Alonso. Muñoz Alonso ha tenido la habilidad de captar la intencionalidad, abierta hacia un dinamismo sindical, de José Antonio, pero sin extenderse y sin caer tampoco en una serie de dogmatismos que a veces son peligrosos, aunque aparentemente necesarios. La doctrina sindical de José Antonio, permanece aún como una doctrina abierta. ¿Qué representa la fórmula jose-antoniana en cuanto a esta posible integración entre sindicalismo y política? Integración siempre necesaria porque sin esa integración, sin una inserción del hecho sindical en el hecho político es inconcebible una vida social dinámica. Inserción que al producirse en contra de determinados propósitos explícitos de naturaleza doctrinaria, puede llegar

(6) Madrid. 1969.

a suprimir la existencia del hecho sindical en el hecho político. Entonces el hombre en cuanto trabajador sufre nuevas alienaciones. Como ocurre con las varias formas de sociedades comunistas, donde la efectiva liberación del trabajador de la esclavitud política y económica y, sobre todo, de la fuerza burocrática de los que llevan la dirección del Estado, es pura utopía. José Antonio logra esbozar su doctrina, en una forma dinámica y sin que pretenda sustituir el Sindicato, el Sindicato vertical en este caso, al Estado, lo quiere integrar en la vida del Estado, lo quiere hacer partícipe del Estado, pero partícipe, no como se ha dicho desde una crítica negativa, en cuanto subordinado a los criterios del grupo de poder del Estado, sino partícipe efectivo en la vida dinámica y activa del Estado, al mismo nivel que la familia y el Municipio. José Antonio parte, como observa Muñoz Alonso, del principio de la conversión al sindicalismo de la rebelión de las masas. Quiere llevar a las masas como factor político en el campo sindical. Prevé la intervención masiva en el proceso de producción del trabajador. Es un hecho que tiene que tener implicaciones políticas. Todo ello evoca, sin que haya habido un influjo correspondiente en esta doctrina de José Antonio, una serie de doctrinas de la época, como el personalismo de Mounier (7) como el mito del trabajador de Jünger, como la doctrina expresada años más tarde por Gentile en *Génesis y estructura de la sociedad*. Para José Antonio el sindicalismo no es una ideología política; es una realidad dinámica esencialmente progresiva y circunstanciada, tiene un carácter humanista y social, es un fenómeno de orden moral y no sólo social y político. El concepto del Estado ético está íntimamente ligado a esta doctrina. El nacionalsindicalismo inspira su doctrina en un sindicalismo revolucionario renovador, de participación interna en la vida política. Se trata de un sindicalismo político explícito, cuyos principios lo distinguen tanto del sindicalismo que se pretende exclusivamente reivindicador en el campo económico y apolítico, como del sindicalismo marxista, que sumerge cualquier reivindicación en la alienación política del proletariado en sí, como del sindicalismo anárquico, que pretende la destrucción del Estado y la organización política como tal. Sus tentaciones políticas, son tentaciones que luego se traducen en transformación de la Empresa, en dinamismo social, en planificación económica, participación, dignificación de la persona, integración del Estado, verticalidad y trabajador sujeto de la propiedad y la gestión de la Empresa económica. Estado estructuralmente nacional sindicalista, verticalidad bifrontal, productor y producto. Esta interferencia constante entre lo que es el productor trabajador y lo que es el fruto de

(7) ·Cfr. ·EMMANUEL MOUNIER: ·*Communisme, Anarchie, Personalisme*. Seuil. París, 1966.

su trabajo y, al mismo tiempo, la concepción del Sindicato como órgano dinámico del Estado y de la convivencia, paralelo, como decíamos, a la familia y al Municipio, habrían de ser, en pocas palabras, elemento forjador de un nuevo Estado.

Este principio es tan rotundo, que no se puede hablar en el espíritu auténtico de esta doctrina, de un apoliticismo del sindicalismo. La integración entre el sindicalismo y la política, entre el hecho sindical y el hecho político nos aparecen en estos elementos de doctrina inacabada, lo repetimos, pero fecunda precisamente por ser inacabada, como un mundo abierto, como una de las posibilidades, aunque no la única, para que una integración entre en el hecho sindical y el mundo político una participación del universo sindical en el destino político de una nación y de una comunidad, sea un hecho posible, sobre todo, capaz de ofrecer más horizontes, en esta situación enormemente confusa que se le presenta al hombre integrado en la enorme, enormemente misteriosa y poco descifrable, llamada «civilización tecnológica».

En realidad los avatares del sindicalismo acaban en nuestros días en una singular paradoja. De un tiempo a esta parte, se está hablando, en lenguaje sociológico extremadamente sugestivo, de las paradojas del sindicalismo. Lo esencial de estas paradojas estriba en el hecho de que a medida que la sociedad industrial y, sobre todo, el «Nuevo Estado industrial» (8), al que se refiere John Kenneth Galbraith hablando de él en un célebre «ensayo sobre el sistema económico americano», han ofrecido al sindicalismo la posibilidad de alcanzar sus fines, esto mismo implica la muerte del sindicalismo como tal. Galbraith, que gusta a veces de metáforas y que cuida el estilo literario como lo hacía en su tiempo Keynes, habla de la victoria de Jonás sobre la ballena.

Si es cierto que los esquemas del Estado industrial trazados por Galbraith están muy lejos de constituir el esquema actual del mundo, no quiere decir que les falte valor arquetípico y que el mundo de la sociedad industrial avanzada no se encamine hacia un tipo de triunfo del sindicalismo que implique su sustitución por otro tipo de órganos. Como en el sistema de Galbraith, los criterios puramente económicos son los que dominan, no es de extrañar que se nos ofrezca aquí un paralelismo con la evolución de la Empresa industrial típicamente capitalista. Al principio de la Empresa industrial, la colectividad bancaria y financiera desempeña un papel decisivo con respecto al desarrollo de la industria. Pero en una fase avanzada, en la gran Empresa moderna, el factor decisivo de producción ya no es el capital en sí, sino lo que se llama

(8) Cfr. JOHN KENNETH GALBRAITH: *The New Industrial State*, 1967 (v. trad. fr. «Le Nouvel Etat Industriel». Gallimard, Paris, 1968).

la «reserva de las competencias». Igualmente, al cumplir el sindicalismo sus fines de reivindicación económica y política, sus funciones escapan de las manos de los Sindicatos y pasan a los educadores y especialistas de la investigación científica, cuerpos específicos de la «tecnestructura» y de la gran concentración industrial y de productividad.

Según Galbraith, en el sistema industrial americano se asiste a un notable retroceso de la fuerza del sindicalismo. El proceso es analizado a través de un desmenuzado recorrido histórico, donde los datos estadísticos dominan la perspectiva. Se concluye que el sindicalismo se torna menos militante, más pacífico, menos operante políticamente, a medida que el Estado industrial se instala con su característica ternoestructural en el mundo. La aceptación gradual en el ámbito del Estado del sistema de los convenios colectivos, ha desempeñado un papel decisivo en este proceso. La baja de los efectivos sindicales está considerada por Galbraith como preludio de un declive permanente del sindicalismo. La situación no ha sido una conquista del Estado industrial en sí, sino la consecuencia de la lucha del propio sindicalismo, cuyos objetivos han consistido, en gran parte, «en la adaptación del Estado a las necesidades del sistema industrial». Este mismo hecho sería lo que disminuyera la utilidad de los sindicatos.

Todo ello corresponde, sin duda, a un esquema, cuya demostración definitiva queda por realizarse. Este esquema presenta al sindicato como órgano de un determinado estadio del sistema industrial. Presente en la evolución tecnológica, en la planificación y en el proceso de estabilización, el Sindicato ha aportado grandes servicios a la creación del nuevo Estado industrial, pero al mismo tiempo se ha vaciado a sí mismo de contenido. Así lo ve un economista, que alimenta su doctrina de las previsiones de Marx y Keynes. Pero su doctrina quiere por voluntad propia mantenerse fuera de las incógnitas políticas e ideológicas.

JORGE USCATESCU

R É S U M É

Dans un certain sens on peut affirmer que notre époque revient à l'ancienne polémique relative à l'alternative syndicalisme —socialisme ou vice-versa. Le fait est que pendant plus d'un siècle et demi, durant lequel le syndicalisme et le socialisme ont coexistés et plus d'une fois se sont affrontés, les choses ont changé radicalement. La société de consommation, la technologie et de nouveaux types de rapprochement à une authentique ontologie de l'existence sociale, ont opérés des mutations fondamentales non seulement au sein des

socialismes et syndicalismes mis à jour, sinon dans les relations profondes échangées entre ces deux systèmes sociaux et la politique.

Les changements sont surtout sensibles dans les relations actuelles entre syndicalisme et politique. Cela est dû à la nouvelle situation du travailleur et du travail dans la nouvelle société industrielle ou postindustrielle. De nouvelles perspectives idéologiques surgissent, que la nouvelle technocratie ne peut supprimer malgré son grand désir de le faire. Entre travail et loisir s'établissent des connections inédites avec amples répercussions sur le concept d'une nouvelle démocratie qui tend à substituer l'ancienne démocratie politique par une démocratie sociale fondée sur une base nouvelle.

D'autre part, disparu en tant que forme de revendication économique et politique dans la société socialiste, le syndicalisme acquière de nouvelles dimensions dans la société post-industrielle capitaliste. Dans cette dernière, les implications politiques du syndicalisme, prévues par Mosca il y a cinquante ans, se font largement sentir. Ces dernières ont créé une nouvelle image du mythe du travailleur et du processus du travail ainsi qu'une nouvelle forme d'humanisme: l'humanisme du travail. Tout ceci s'insère dans ce qu'Heidegger définit comme un envahissant nihilisme planétaire converti en une nouvelle forme de métaphysique.

Malgré cela, dans la société industrielle la plus avancée qui soit c'est à dire la société américaine, le rôle du syndicalisme se trouve —si l'on peut dire— mis au banc des accusés.

Depuis quelque temps on parle beaucoup, en un langage sociologique extrêmement suggestif, des paradoxes du syndicalisme. L'essentiel de ces paradoxes réside dans le fait qu'à mesure que la société industrielle et surtout le "Nouvel Etat industriel", auquel se réfère John Kenneth Galbraith dans son célèbre "essai sur le système économique américain", a donné au syndicalisme la possibilité d'atteindre ses objectifs, cela a supposé en contrepartie la mort du syndicalisme en tant que tel. Galbraith, fervent de métaphores et soucieux de son style littéraire comme l'était Keynes en son temps, parle de la victoire de Jonas sur la baleine.

Bien que les schémas de l'Etat industriel tracés par Galbraith soient loin de refléter le schéma actuel du monde, cela ne veut pas dire qu'ils manquent de valeur d'archétype ni que le monde de la société industrielle avancée ne s'achemine pas vers un type de triomphe du syndicalisme qui implique sa substitution par un autre type d'organisme. Comme dans le système de Galbraith, ce sont les critères purement économiques qui dominent, et il n'est donc pas étonnant qu'il nous soit offert un parallélisme avec l'évolution de l'entreprise industrielle typiquement capitaliste. Au commencement de l'entreprise industrielle, la collectivité bancaire et financière remplit un rôle décisif par rapport

au développement de l'industrie. Mais dans sa phase plus avancée, le facteur décisif de production dans la grande entreprise moderne n'est déjà plus le capital en soi, sinon ce que l'on appelle la "réserve des compétences". Parallèlement, en atteignant ses objectifs de revendication économique et politique, les fonctions du syndicalisme échappent progressivement du cadre des syndicats pour passer aux mains des éducateurs et spécialistes de l'investigation scientifique, corps spécifiques de la "technostructure" et de la grande concentration industrielle et de productivité.

Dans le système industriel américain on assiste à un recul notable de la force du syndicalisme. Le processus est analysé à travers un soigneux examen historique, dans lequel les données statistiques dominent la perspective. On peut conclure que le syndicalisme est en train de devenir moins militant, plus pacifique, moins efficace politiquement, à mesure que l'Etat industriel s'installe dans le monde avec ses caractéristiques technostructurelles. La situation ne vient pas d'une conquête de l'Etat industriel en soi, elle est plutôt conséquence de la lutte du syndicalisme lui-même, dont les objectifs se sont orientés en grande partie vers "l'adaptation de l'Etat aux nécessités du système industriel". Ce fait même contribuerait à diminuer l'utilité des syndicats.

Tout ceci correspond sans doute à un schéma qui présente le syndicalisme en tant qu'organe d'une étape déterminée du système industriel, au développement duquel le syndicalisme a contribué jusqu'au point de se vider de son contenu. Ainsi le voit Galbraith, inspiré par Marx et Keynes, dans un système étranger aux inconnues politiques et idéologiques.

S U M M A R Y

An old dispute has arisen once again in our time as to the validity of syndicalism as an alternative to socialism or viceversa. The situation has certainly changed radically over the century and a half that socialism and syndicalism have lived and, on more than one occasion, struggled together. Consumer society, technology and new attempts to achieve an authentic basis for social existence have brought about fundamental mutations, not only in contemporary forms of socialism and syndicalism, but also in the deep relations that connect social systems with politics.

The differences are particularly apparent in relations between syndicalism and politics today. This is due to the new position of the worker and work itself in the new industrial or post-industrial society. New ideological horizons are opened to us that technocracy can do nothing to suppress however much it might like to. Previously unheard-of links are established between work

and leisure which have their repercussions in the shape of a freshly minted social democracy that is tending to replace the old political type.

Having disappeared as an expression of economic and political demands in a socialist society, syndicalism takes on new dimensions in a post-industrial capitalist one, where the political implications of syndicalism forecast fifty years ago by Mosca are indeed most evident. Within them, a new idea of the myth of the worker and the work process has arisen together with a new type of humanism—the humanism of work—. All this is to be seen as a part of what Heidegger, pursuing the matter very closely, defines as an invading planetary nihilism converted into a new kind of metaphysic.

At all events, in the most advanced industrial society today—the American—the rôle of syndicalism has, in a sense, been brought to trial.

For some time now we have heard talk, in the most interesting sociological language, of the paradoxes of syndicalism. The essentially paradoxical fact is that the better the chance that industrial society and particularly the "New Industrial State" to which Gilbraith refers in a well-known "Essay on the American Economic System"—offers syndicalism of achieving its ends, the nearer the death of syndicalism as such. Gilbraith, who enjoys using metaphors from time to time and polishes his literary style as carefully as Keynes did his, speaks of the victory of Jonah over the Whale.

If there is no doubt that the various outlines of the Industrial State sketched by Gilbraith are very far from representing the present picture of the world, this does not mean that they have no value as archetypes or that our advanced industrial society is not moving towards a sort of syndicalist victory that implies its replacement by organs of another kind. Since in Gilbraith's system it is the purely economic criteria that hold sway, it is not surprising that we are offered a parallel here with the development of a typically capitalist industrial enterprise. At the start of the industrial enterprise, the banking and financial world play a decisive part in the progress of the industry. But at an advanced stage, in the large modern company the deciding production factor is no longer the capital in itself, but what is known as "competition reserve". In the same way, when syndicalism has achieved its economic and political ends, its functions pass from the hands of the Unions to those of the teachers and scientific researchers, specific bodies of the "techno-structure" and the overall industrial and production complex.

The strength of syndicalism is notably declining in the American industrial system. The process is analyzed in the course of a detailed historical survey, in which statistics enjoy pride of place. The conclusion is that syndicalism grows less militant, more pacific, less politically active as the Industrial State, with its characteristic technostructure, establishes itself in the world. It has

not been a case, then, of a conquest by the Industrial State in itself, but rather of the result of syndicalism's struggle, the objectives of which have largely consisted in "the adaptation of the State to the needs of the industrial system". This is the fact that of itself would come to diminish the usefulness of the Unions.

All this corresponds, of course, to a picture of the Union as the organ of a particular stage in the industrial system, to the development of which syndicalism has contributed to the point of emptying itself of content. This is how Galbraith, following Marx and Keynes, sees it in a system unaffected by unknown quantities, political or ideological.

